



Más allá del coronavirus. ¿Cómo será el mundo que viene?¹



Susana Malcorra*

IE School of Global and Public Affairs

Todas las partes deben entender que, para lograr los nuevos equilibrios necesarios para un desarrollo sostenible, cada uno tendrá que hacer su aporte con amplitud de criterio y la flexibilidad requerida para explorar soluciones diferentes y creativas.

En este último tiempo mucho se ha dicho y se ha escrito sobre la COVID-19, su impacto y las implicancias que tiene y tendrá en nuestras vidas. Es difícil hablar de esta pandemia desde la autoridad que da el conocimiento y, al mismo tiempo, ser original.

Como mi campo de experiencia no es el de la medicina o la epidemiología, me abstendré de explorar cuestiones vinculadas al virus y a la salud pública. No obstante, siendo que esta crisis es multifacética, creo oportuno enfocarme en los aspectos geopolíticos, de política internacional y nacional y socioeconómicos, asociados a la misma.

* Susana Malcorra es decana de la escuela de Global and Public Affairs de IE University. Fue ministra de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina (2015-2017). Anteriormente, en 2012, se desempeñó como jefa de gabinete del secretario general de Naciones Unidas, Ban Ki-moon. Entre 2008 y 2012 fue secretaria general adjunta del Departamento de Apoyo a las Actividades sobre el Terreno de Naciones Unidas.

1. Este documento se nutre de mi artículo publicado en Infobae de Argentina, 12/05/2020

A inicios de 2020, el virus llegó a un mundo que pasaba por un periodo de profundos cambios y cuestionamientos al orden establecido. Esto era así tanto desde la perspectiva de muchos países y gobiernos que, alejándose de su política histórica, se replanteaban el valor del multilateralismo y la gobernanza global, como la de los ciudadanos que, en distintas regiones, se volcaban a las calles para expresar su descontento con gobiernos y sistemas existentes.

La fuerte rivalidad entre Estados Unidos y China había generado fuertes tensiones que alteraron los equilibrios básicos. Desde el comercio internacional a la tecnología y la Inteligencia Artificial, pasando por la competencia en influencia en distintas partes del mundo. Casi todo era excusa para distanciarse aún más.

Europa venía de un largo período de ensimismamiento provocado por el Brexit que se materializó el 31 de enero de este año. Mientras que escribo esta fecha tomo conciencia de que, en tiempos de COVID-19, parece que hiciera un siglo desde aquel momento que se presentaba crucial para el futuro de Europa y de Gran Bretaña y que ocupaba casi todo el espacio de la prensa y los medios tratando de dilucidar cómo sería.

Mientras tanto, un manejo oportunista de Rusia la había llevado a intervenir con gran eficiencia, interfiriendo de distintas maneras y con distintas

tácticas en un amplio arco de países, tanto en sus procesos electorarios con el objetivo de desafiar la democracia y sus instituciones como en intervenciones militares alineadas con sus necesidades estratégicas. La fragilidad de la democracia se ha puesto en evidencia ante los sofisticados manejos de información masiva y de técnicas de desinformación en redes sociales.

Todas estas dinámicas interrelacionadas provocaron que la nueva década se iniciara sin un claro liderazgo mundial ni con los acuerdos de mínima que permitieran responder de manera concertada a una eventual crisis de proporciones globales.

Al mismo tiempo, como ya mencioné, se estaba produciendo un fenómeno de reacción por parte de los ciudadanos que se volcaban a la calle para reclamar por todo aquello que, entendían, sus gobiernos no les estaban resolviendo. Era un coro en el que se mezclaban los más diversos pedidos y colectivos que representaban múltiples intereses muchas veces contrapuestos. Solo los unía la convicción de que, de una manera u otra, el liderazgo político en el poder no daba respuesta a sus necesidades. Las protestas se multiplicaban a lo largo y a lo ancho de la tierra. Esto fue particularmente cierto en Latinoamérica adonde gobiernos de derecha y de izquierda se vieron sorprendidos y sometidos a la presión de la gente volcada masivamente en las calles.

En este contexto, y de manera repentina, nos vimos sumergidos en la realidad del coronavirus que puso un freno violento a todas estas dinámicas preexistentes para pasar, en casi todo el planeta, a un congelamiento social. Esta ola, que se sigue expandiendo de Este a Oeste y de Norte a Sur, nos ha llevado a que una gran parte de la población del mundo esté confinada en sus hogares e impedida de moverse desde hace cuatro meses, semana más o menos, según la región. Es un evento que no tiene precedentes y cuyo impacto social, económico, político y antropológico es casi imposible de dimensionar.

A pesar de ser redundante que una pandemia es, por su naturaleza, global, no se asume como natural que las soluciones tengan que ser coordinadas.

A medida que se avanza en la contención de la salud pública, empieza a entenderse la gravedad de las consecuencias económicas y surgen las tensiones derivadas de ese equilibrio inestable al que nos ha llevado la aparente contradicción entre la perspectiva sanitarista y la economicista. Esto plantea un debate complejo en el que nos encontramos en Occidente, tratando de resolver esta aparente dicotomía, sin fórmulas claras

y sin soluciones mágicas. Un debate en el que, nuevamente, tenemos un enorme grado de interdependencia.

Lo que aún no ha comenzado a entenderse, y menos aún, a discutirse, es la dimensión política, tanto en lo global como en lo local. Querría comenzar por los aspectos internacionales.

Una pandemia es un desafío colectivo del cual nadie puede salvarse solo y que requiere de solidaridad en la respuesta. Sin embargo, estamos viendo múltiples ejemplos de gobiernos y de líderes que han recurrido al modelo aislacionista como mecanismo de salida de ésta. La incertidumbre de lo desconocido representada por el virus, vigente tanto en la dirigencia política como en la ciudadanía, permite que, por el miedo, se recorten peligrosamente los derechos fundamentales, así como que se acepte un modelo de “bunkerización” adoptado por algunos países.

A pesar de ser redundante que una pandemia es, por su naturaleza, global, no se asume como natural que las soluciones tengan que ser coordinadas. La Organización Mundial de la Salud (OMS) es la institución rectora en cuestiones de salud, pero su voz no fue escuchada, y se subestimó, durante los últimos años en que alertó sobre el riesgo cierto de una pandemia. Y hoy, en el medio de la crisis, se cuestiona su liderazgo en la implementación y búsqueda de las mejores formas de

gestionar la pandemia. Todo esto es un claro ejemplo de la carencia de cooperación y de visiones compartidas. Nuestra región es una muestra de ello. En momentos en los que se necesitaría utilizar las instituciones regionales como plataforma de intercambio de información, mejores prácticas, coordinación de acciones y diálogo político, no se avizora ni intención ni apetito de hacerlo.

El siglo XXI tiene, en su mayoría, desafíos de índole global. Me permito enumerar solo algunos de ellos: el cambio climático, el terrorismo, los flujos ilegales (de personas, de dinero, de drogas, de armas, etcétera), la migración y, por supuesto, las pandemias. Este rápido inventario de problemas debiera llevarnos a pensar en la necesidad de reforzar el Sistema Multilateral y en un profundo replanteo que lo provea de las herramientas y los medios para responder a los mismos. Sin embargo, muchos cuestionan la mera existencia de cualquier Institución supranacional que pueda contribuir a la generación de soluciones comunes.

Estoy convencida de que, post-pandemia, tendremos ante nosotros una clara divisoria de las aguas. Podemos avanzar en el sentido de reforzar un modelo de gobernanza internacional que esté a la altura de las necesidades de la época, que sea capaz de aprender de las limitaciones de la arquitectura existente, que comprenda que la globalización, sin controles y

regulaciones, trajo impactos negativos que deben ser corregidos y que nos comprometa en una visión superadora que avance en los pactos de 2015: la Agenda 2030 y el Acuerdo de París.

O, alternatively, pueden ganar espacio las visiones sectarias, xenofóbicas, nacionalistas y autoritarias, ya instaladas en muchas latitudes, ocupando posiciones de liderazgo en gobiernos y partidos de la oposición, que se basan en la búsqueda de un culpable externo a los problemas internos. Un endurecimiento que tienda al aislacionismo y al sálvese quien pueda, sin aceptar ni entender que esta trama nos interconecta de manera inexorable.

Dependiendo del camino por el que optemos, nos encontraremos en un mundo más difícil para convivir o en uno en el que, aún con muchos desafíos por delante, tratemos de construir una mejor realidad para todos. Estoy convencida de que, para poder capitalizar la difícil experiencia a que el coronavirus nos ha expuesto a todos los países, grandes y pequeños, poderosos y débiles, desarrollados o no, debemos invertir en un rediseño de la cooperación y gobernanza globales. Digo esto aceptando que el tamaño del reto es enorme, sin subestimar las dificultades que presentan las tensiones geopolíticas que describí al inicio ni menospreciar las fuerzas que se opondrán a un avance concertado.

Mientras tanto, en el plano de las políticas nacionales, también es

factible aventurar un futuro incierto y complejo. El impacto en la economía implica altísimas tasas de desempleo provocadas por la caída abrupta de los niveles de actividad económica en la mayoría de los sectores. Solo como ejemplo, en Estados Unidos se ha llegado a niveles comparables con la crisis del año 30. No está claro cómo los países de renta media y los menos desarrollados podrán promover medidas de estímulo comparables a las de los países más poderosos, teniendo en cuenta el poco espacio fiscal que, en general, tienen. Esto llama, una vez más, a encarar una acción compartida que atienda estas necesidades. El G20 ha dado una primera tibia respuesta a los países más vulnerables, pero no ha avanzado más allá.

Esta nueva realidad puede profundizar las fuertes tensiones sociales preexistentes a lo largo y lo ancho del planeta, planteando posibles escenarios difíciles de pronosticar. Es evidente que se deben buscar nuevas fórmulas que ayuden a encontrar salidas al atolladero en que se encuentra el mundo y la región. Las respuestas tradicionales no serán suficientes para responder a los nuevos desafíos.

Como si todo esto fuera poco, el coronavirus ha acelerado el proceso de digitalización de nuestras economías. Los expertos dicen que el confinamiento ha producido un impacto sobre las formas del trabajo precipitando la adquisición de

habilidades digitales y ha adelantado los procesos de reconversión ya previsibles en cinco años. Las profundas implicancias en las formas del futuro del trabajo y en las capacidades requeridas para que las empresas y sus empleados puedan adaptarse a las nuevas demandas son enormes y abren un nuevo frente de incertidumbre en un horizonte estructuralmente incierto.

Por estas razones, considero fundamental abocarse a trabajar en un nuevo contrato social, superador del existente, al que se llegue a través de un modelo de diálogo de amplia participación. Un nuevo pacto que brinde respuesta a estas profundas transformaciones, involucrando a los gobiernos, al sector empresario y al sector social, especialmente los trabajadores. Solo si todas las partes entienden que, para lograr los nuevos equilibrios necesarios para un desarrollo sostenible, cada uno tendrá que hacer su aporte con amplitud de criterio y la flexibilidad requerida para explorar soluciones diferentes y creativas. Será necesario superar barreras de dogmas políticos o ideológicos y de visiones sectoriales históricamente enquistadas, con el objetivo de ampliar la base de participación en la economía formal de manera inclusiva, incorporando a amplios sectores como los de la juventud, la mujer y aquellos que hoy dependen del trabajo eventual, con el objetivo que no quede nadie atrás. Una sociedad más justa y con menos

desigualdad es la única respuesta posible para un crecimiento sostenible para los ciudadanos y las empresas, con gobiernos con capacidad para invertir en los bienes públicos fundamentales como la salud, la educación y el medio ambiente.

La posible refundación del sistema multilateral y la reconstrucción de los bienes públicos globales está condicionada por cómo evolucionan internamente los posicionamientos de los gobiernos y sus políticas públicas.

Sin embargo, y en el contexto de contención de la pandemia, también observamos cómo surgen de manera creciente gobiernos que aprovechan la oportunidad para recortar la institucionalidad democrática, eliminar el rol de sus parlamentos, disminuir las libertades y derechos individuales con la excusa de que la seguridad es más importante que la libertad. Se ven peligrosos avances de autoritarismos que hacen peligrar el orden conocido que se construyó sobre los derechos como pilar fundamental.

Con la confluencia de todas estas dinámicas, la posible refundación del sistema multilateral y la reconstrucción

de los bienes públicos globales está condicionada por cómo evolucionan internamente los posicionamientos de los gobiernos y sus políticas públicas que, a su vez, están condicionadas por los dramáticos cambios en la economía y en la sociedad. Todo tiene que ver con todo. Lo global y lo local. Lo sanitario, lo social, lo económico y lo político.

Para lograr salir de este congelamiento en el que entramos por el virus, son necesarios liderazgos que entiendan bien la interdependencia, que no busquen “chivos expiatorios” fáciles en los otros y que apuesten a esa construcción de un nuevo espacio común con un sentido de responsabilidad compartida. Estos líderes deben surgir de todos los ámbitos: la política, el empresariado, la sociedad civil, los gremios, la juventud, las mujeres, etcétera. Estos líderes deben levantar su voz para acallar la cacofonía de quienes apuestan a un mundo hostil y aislacionista.

Quiero creer que lograremos que prevalezca esa perspectiva que nos ayude a dar un salto superador de los modelos existentes, un cambio de paradigma que ya era necesario y que la pandemia solo lo ha hecho más evidente. Porque, de no ser así, corremos el riesgo de un futuro más oscuro para todos, tal cual se puede entender repasando los ejemplos de la historia pasada del siglo XX, cuando se vivieron circunstancias equivalentes.